

## UNA TEORIA SOBRE LA INVENCION DE LAS BOVEDAS DE QUINCHA<sup>1</sup>

Antonio San Cristóbal

### 1. *Las bóvedas de San Francisco en los historiadores sistemáticos*

La interpretación del origen de las bóvedas de madera, cañas y yeso, usualmente denominada como técnica de la *quincha*, gravita sobre la historia de la arquitectura virreinal peruana como uno de los temas en el que los historiadores sistemáticos han ejercitado con más libertad epistemológica y con el menor acopio de datos de archivo su peculiar método de formular esta ciencia. Puesto que el problema de las bóvedas de quincha encaja de lleno en la que denominamos *historia sistemática* de la arquitectura virreinal, recordamos ahora brevemente el concepto que de ella hemos expuesto en publicaciones recientes.

Distinguimos dos momentos en la formulación de esta rama de la historia. El *primer momento* llegaba aproximadamente hasta el comienzo de la década de 1950. Algunos investigadores de archivo recopilaron y publicaron noticias históricas acerca de la arquitectura virreinal tomadas directamente de las fuentes de archivo. En un *segundo momento*, iniciado con la obra clásica de Wethey aparecida en 1949, los historiadores avanzaron hasta formular un sistema general interpretativo de todo el largo desarrollo de la arquitectura

---

1. Propuse una primera aproximación al tema en Antonio San Cristóbal. "San Francisco y las bóvedas de quincha", *El Comercio*, Lima, 31 de enero de 1995, página A3.

virreinal, pero contando sólo con las noticias parciales, dispersas y a veces inseguras conocidas hasta 1950, y sin que aporten nuevos datos e informaciones a las publicadas por los primeros investigadores de archivo. El sistema histórico así formulado asentaba sobre muy pocos datos conocidos; mientras que la información más amplia permanecía todavía sin investigar: es la que denominamos el gran sector de la *arquitectura sumergida* debajo de la historia sistemática general.

Propuso Wethey una primera formulación sistemática acerca del origen de las bóvedas limeñas de quincha de acuerdo a la metodología de la historia sistemática que aludimos, que ha sido reiterada fielmente por Bernales Ballesteros. Vinculó la aparición más antigua de estas bóvedas en la arquitectura limeña con la construcción de la nueva iglesia de Señor San Francisco en el período de 1657 a 1673. Aunque las obras de la nueva iglesia franciscana comenzaron con la colocación solemne de una rimera piedra el día 8 de marzo de 1657, sin embargo, las primeras bóvedas sobre la capilla mayor y el crucero se labrarían entre 1661 y 1662; y en modo alguno antes de estos años. Escribía Wethey lo siguiente: “La primera obra importante en la cual fue empleada en todas sus partes esta técnica (la de las bóvedas de madera, cañas y yeso) fue San Francisco en Lima (1657-1673)” (Wethey 1949: 14). “Las bóvedas de San Francisco son las más antiguas en Lima, habiendo sufrido numerosos terremotos” (Wethey 1949: 73).

Enunciaba así Wethey dos suposiciones complementarias referidas a las actuales bóvedas de quincha existentes en la iglesia del Convento de San Francisco. Suponía primeramente que estas bóvedas de antigua tradición perduran en pie desde que Vasconcelos y Manuel de Escobar cubrieron la nueva iglesia franciscana con bóvedas de medio cañón y lunetos en las obras de 1657-1673, hasta nuestros propios días. Lo llamamos *el enunciado de la perduración*. En segundo lugar, suponía Wethey que las bóvedas supuestamente perdurables son las más antiguas construidas en Lima con la tecnología de la quincha: lo denominamos *el enunciado de la antigüedad*.

En ambos casos se trata de *enunciaciones*; en absoluto constituyen *proposiciones* de validez objetiva constatable, porque ni están sustentadas en informaciones históricas suficientes y verificables mediante referencias a documentos de archivo ciertos y conocidos, ni tampoco ha sido comprobada su validez en base a un discernimiento crítico, analítico y documentalmente fundamentado del proceso evolutivo de la construcción de bóvedas en las iglesias limeñas durante el siglo XVII.

No estaba Wethey en condiciones de transformar el enunciado de la antigüedad en una proposición objetiva verificable, porque carecía de toda documentación e información acerca del empleo de las técnicas de construir bóvedas en Lima con anterioridad al período de las nuevas bóvedas de la iglesia de San Francisco. En cuanto simple enunciado, la suposición de la antigüedad de las bóvedas franciscanas no es ni verdadera ni falsa; para que adquiera uno u otro de estos valores lógicos es menester emprender nuevas investigaciones de archivo acerca del período prefranciscano que amplíen el conocimiento de la arquitectura virreinal limeña más allá del reducido territorio del saber histórico en que se instalaban Wethey y los historiadores sistemáticos.

Encontró Wethey propuesto el enunciado de la perduración de estas bóvedas en el libro sobre San Francisco de Lima publicado en 1945 por el Padre Benjamín Gento Sanz. No pudo ser más somera la referencia del Padre Gento a la serie de los terremotos acaecidos en Lima entre 1687 y 1690 que constituye el acontecimiento histórico decisivo para ponderar críticamente la perduración de las bóvedas de Vasconcelos- Escobar. Despachaba el Padre Gento aquellos sucesos con estas líneas someras: “El terremoto del primero de abril de 1687 que tantas ruinas y pérdidas ocasionó en la ciudad, afectó no poco a la construcción conventual y el más terrible todavía del 20 de octubre del mismo año, puso en pésimas condiciones el tercer cuerpo y remate de las torres... También en San Francisco causó estragos el terremoto aunque no en la proporción de otros conventos e iglesias” (Gento Sanz 1945: 153). Esto es todo lo que dice, como si no hubiera acaecido nada grave en las bóvedas de la iglesia franciscana. Sabido es que el Padre Gento sólo conoció y utilizó la documentación conservada en el archivo del Convento de San Francisco; no sospechó la existencia de otras informaciones históricas referentes a la iglesia y convento de San Francisco en el Archivo General de la Nación; y ni siquiera tomó conocimiento de los informes de los alarifes limeños sobre las ruinas ocasionadas por el terremoto de 1687 que habían sido publicados poco tiempo antes por el historiador dominico Padre Domingo Angulo (Angulo 1939:3-45, 131-64 y Angulo 1940:3-8).

Sucede que Wethey no fue un mero repetidor del punto de vista superficial del Padre Gento. Lo que en Gento se reducía a una simple carencia de información histórica acerca de lo acaecido en las bóvedas franciscanas durante el período posterior a 1687, se metamorfoseó por obra de Wethey en un esquema general interpretativo del desarrollo de la arquitectura virreinal limeña compendiado en los dos enunciados ahora expuestos. Este es un ejemplo

sintomático de la transformación epistemológica operada desde las exposiciones de los primeros investigadores de archivo, que proporcionaron las noticias históricas, hasta los historiadores sistemáticos que, sin aumentarlas, formularon con ellas la sistematización histórica general. De una a otra formulación del saber científico continuaba siendo la misma la información disponible acerca de la arquitectura virreinal.

## 2. *La tesis de la invención de las bóvedas de quincha*

En un artículo publicado recientemente, el arquitecto Humberto Rodríguez Camilloni condujo a un desarrollo ulterior la tesis de los dos enunciados profesada por los historiadores sistemáticos. Sin analizar críticamente, y sin corroborar con posteriores informaciones históricas las dos enunciaciones de la antigüedad y de la perduración, antes bien dando por supuesto su validez objetiva e histórica, atribuye el arquitecto Rodríguez Camilloni al diseñador de la bóvedas de la nueva iglesia de San Francisco, don Constantino de Vasconcelos, la *invención* de la técnica de construir bóvedas con los materiales ligeros de la quincha (Rodríguez 1994: 387-403). Enuncia así el autor su teoría: “Sin embargo, únicamente con la reconstrucción de la iglesia de San Francisco de Lima en 1657-1674 pudo encontrarse una solución definitiva al problema, gracias al genio del arquitecto portugués Constantino de Vasconcelos, quien ideó el sistema estructural antisísmico, conocido con el nombre de “construcción de quincha”. El éxito de la invención de Vasconcelos quedó ampliamente demostrado durante los fuertes terremotos de 1687 y 1746; y prueba de ello fue el hecho de que otros arquitectos en Lima y a lo largo de la costa peruana también la adaptaron desde entonces” (Rodríguez 1994: 387).

Reitera el autor que la nueva iglesia de San Francisco ofreció “la primera oportunidad de estudiar el problema de un sistema constructivo antisísmico desde una perspectiva diferente” (Rodríguez 1994: 391). “El ingenioso sistema antisísmico ideado por Constantino de Vasconcelos para la estructura del techo de la iglesia de San Francisco tuvo su origen en los bahareques...” (Rodríguez 1994: 394). “La verdadera contribución personal de Vasconcelos consistió en descubrir la manera de adaptar la quincha para poder cubrir eficientemente los espacios grandes que requería el diseño del interior de la iglesia sin sacrificar la apariencia visual de los materiales nobles” (Rodríguez 1994: 395). El presunto nuevo sistema constructivo habría sido aplicado por Vasconcelos, según la opinión del arquitecto Rodríguez

Camilloni, en dos lugares distintos del complejo franciscano: las cubiertas de bóveda de la iglesia, y las arquerías del segundo piso en el claustro principal (Rodríguez 1994: 387).

Desde luego, queda bien sentado desde el principio, que dejamos de lado entre paréntesis los valiosos estudios tecnológicos, constructivos y arqueológicos cumplidos por el arquitecto Humberto Rodríguez Camilloni acerca de las edificaciones actuales de la iglesia y convento de San Francisco. La razón es muy simple; la antigüedad y la perduración de las construcciones franciscanas constituyen un problema histórico; pero los estudios técnicos modernos, cuya importancia y valor reconocemos gustosamente, no aportan ninguna prueba histórica que de algún modo demuestre la antigüedad y perduración atribuidas por los historiadores sistemáticos a las construcciones de San Francisco. No vislumbramos modo posible de demostrar mediante tales estudios técnicos realizados sobre las construcciones franciscanas actuales que las bóvedas de la iglesia de San Francisco y las arquerías superiores del claustro principal tal como ahora existen fabricadas con quincha hayan sido anteriores o posteriores a la serie de los terremotos iniciada en 1687. Sólo mediante informaciones históricas fehacientes se puede resolver el problema histórico de la antigüedad y perduración atribuibles a las estructuras de quincha existentes en nuestros días en la iglesia y Convento de San Francisco de Lima.

La tesis de la invención de las bóvedas de quincha por Vasconcelos, tal como aparece propuesta en el estudio que glosamos, acoge las mismas presuposiciones de la antigüedad y de la perduración de las bóvedas y arquerías franciscanas en el mismo estado de formulación epistemológica en que estaban propuestas por los historiadores sistemáticos. Se constata que el estudio que glosamos no aporte una sola noticia documental de archivo nueva acerca de este objeto preciso y concreto. Por consiguiente, no se ha operado ningún cambio en cuanto al valor lógico de estos dos postulados; que permanecen propuestos en el rango de simples enunciados, y no han pasado a convertirse en proposiciones de validez lógica constatable por la confrontación con alguna nueva noticia o información histórica, sobre añadida a los estudios de los historiadores sistemáticos. Se observa en el estudio de H. Rodríguez Camilloni la misma ausencia total de informaciones históricas que demuestren la veracidad objetiva y constatable de los dos enunciados mencionados, y que era tan notoria en la obra de Wethey y antes en la del Padre B. Gento.

Hay un progreso conceptual desde la tesis de Wethey al modo como la propone H. Rodríguez Camilloni. Se puede interpretar la posición de Wethey

en el sentido de que las actuales estructuras franciscanas de quincha serían *las más antiguas que se conservan* en Lima o también *las más antiguas conocidas* por el historiador norteamericano. Cada una de estas acotaciones incorpora una cierta limitación en la antigüedad de las estructuras franciscanas, en cuanto que las torna *relativas a referencias externas*; pero no se trataría de una antigüedad *absoluta*, porque no excluye la eventual existencia de otras estructuras de quincha más antiguas objetivamente, aunque no conocidas o no conservadas. En cambio, la antigüedad de las estructuras franciscanas de quincha pasa a ser *absoluta* en el planteamiento de Rodríguez Camilloni, en el que se desvanece toda posibilidad de interpretación relativa, en cuanto que tales estructuras serían las primeras en que se originó el sistema de bóvedas de quincha, lo que hace de todo punto imposible la eventual existencia de otras estructuras similares de quincha anteriores a las construídas por Vasconcelos. En efecto, al otorgar a Vasconcelos el título de inventor de las bóvedas de quincha, se superponen a las dos precedentes otras enunciaciones, a saber: la enunciación presupuesta de que la quincha en las bóvedas era una técnica exclusiva de Vasconcelos, es decir, no conocida ni usada por otros alarifes o carpinteros virreinales en Lima antes que él; y la presuposición de que ningún artífice virreinal había usado la quincha para construir bóvedas antes de que el portugués don Constantino de Vasconcelos hiciera labrar las primeras bóvedas de la nueva iglesia de San Francisco. Ahora bien, sólo en base a un conocimiento histórico suficientemente documentado sobre el período de la arquitectura limeña precedente a las primeras bóvedas franciscanas que datan de 1661 podría tener rango de proposición con validez constatable la tesis de la invención sustentada por H. Rodríguez Camilloni. La sola información documental de que haya existido alguna bóveda de quincha anterior a las cubiertas de la nueva iglesia franciscana, desvanecerá la presuposición enunciativa de que Vasconcelos inventó las bóvedas fabricadas con quincha. Advertimos también en el estudio de H. Rodríguez Camilloni la ausencia total de informaciones históricas acerca de las técnicas de construir bóvedas empleadas en el período prefranciscano. Por lo pronto, no se aduce en el estudio que analizamos alguna noticia que testifique que los contemporáneos de Vasconcelos le hayan atribuido el mérito de la invención de la técnica de las bóvedas de quincha. En aquel tiempo se contaba como conocimiento de causa directo para atribuir al portugués tal invención, en el supuesto caso de que ella hubiera acaecido. La ausencia de informaciones históricas directas y contemporáneas de los hechos nos induce a plantear la problematicidad de la atribución otorgada a Vasconcelos en nuestros días sin contar con alguna otra información histórica supletoria de la inexistente en el siglo XVII.

### 3. *Bóvedas de quincha anteriores a la construcción de San Francisco*

Reproduce y analiza en su estudio H. Rodríguez Camilloni dos conciertos notariales: el de la contratación del entonces oficial de albañil Manuel de Escobar como amaestrador general de las obras de la iglesia de San Francisco de fecha 14 de junio de 1659; y el de 22 de marzo de 1668 para construir la Casa de Las Amparadas (Rodríguez 1994: 400-3, 389-91). Informé personalmente acerca del primer documento, aunque sin indicar el protocolo del Archivo General de la Nación que lo contiene (Rodríguez 1994: 389 n° 17), si bien es cierto que el protocolo en cuestión cuenta con índice de los documentos. El segundo concierto de obra y el plano adjunto fueron dados a conocer por Lohmann Villena con la detallada exactitud que él pone en sus informaciones (Lohmann 1946: 298 n° 43), aunque H. Rodríguez Camilloni no lo mencione en ningún lugar (Rodríguez 1994: 390 n° 20). Contando con estas indicaciones previas cualquier persona podría localizar los dos conciertos en el Archivo General de la Nación; localizar no equivale a descubrir. Otra cosa ocurriría de no haber precedido las dos informaciones.

El concierto notarial entre Manuel de Escobar y el síndico de San Francisco don Juan Santoyo de Palma, por su propia naturaleza de locación de servicios, no contiene ninguna referencia acerca de las técnicas que se habrían de emplear posteriormente, para labrar las bóvedas de la nueva iglesia. No dice, pues, relación con nuestro tema.

El segundo concierto notarial de obra describe todos los procedimientos constructivos y la disposición de los ambientes para la Casa de Las Amparadas. Escribe Rodríguez Camilloni que “el maestro portugués había ejecutado la traza para este proyecto” (Rodríguez 1994: 390); pero el texto original del concierto es muy preciso: la planta y mapa la hizo Manuel de Escobar “con acuerdo y consulta de don Constantino de Vasconcelos”. Se trataba de una obra económica, pues su precio a toda costa de manufactura, peones, oficiales y materiales ascendía solamente a 10.200 pesos de a ocho reales el peso, que se hubieran gastado en su mayor parte si la bóveda de la capilla se hiciera de cal y ladrillo. Se cubrió ciertamente la capilla con una bóveda sencilla de quincha.

No prejuzga nada este concierto de Las Amparadas acerca de la construcción de la iglesia de Señor San Francisco que estaba terminada en su primera parte desde 1664 incluyendo el crucero y las dos primeras capillas de las naves laterales. Es necesario referir el concierto de Las Amparadas al

contexto histórico de la construcción de bóvedas a mediados del siglo XVII en Lima. Los maestros carpinteros Joseph Lorenzo Moreno y Lorenzo de los Ríos firmaron dos conciertos notariales de obra los días 27 de marzo de 1665<sup>2</sup>, y 12 de mayo de 1665<sup>3</sup> para labrar la “bóveda de vuelta de cordel” sobre la capilla de San Pedro Mártir en el local de la Inquisición de Lima. Esta bóveda, que es ciertamente anterior a la de Las Amparadas, se fabricaba con madera y se recubría con cañas y yeso, es decir, con la quincha. En ninguno de estos dos conciertos de 1665 aparece la menor alusión a don Constantino de Vasconcelos; de tal modo, que consta documentalmente cómo se empleaba anteriormente la quincha por otros maestros de la construcción independientes de Vasconcelos, y de su presencia en la obra de Las Amparadas.

Podrá alegarse que la bóveda de 1665 en La Inquisición era posterior a las bóvedas de la primera parte de San Francisco terminada en 1664. Es cierto. Pero en realidad, la técnica de fabricar bóvedas con quincha tenía en Lima antigua tradición. Desde la etapa de las primeras torres levantadas durante el siglo XVII en Lima se hizo norma común y corriente, aceptada en todas las torres conocidas, que se terminaban en lo alto con una media naranja labrada con madera, cañas y yeso. La torre de la iglesia de San Agustín concertada el 9 de septiembre de 1636 con el alarife Joseph de la Sida<sup>4</sup>, se coronaba con la media naranja de quincha. El ensamblador Asensio de Salas se concertó el día 2 de diciembre de 1641 en el Padre Fray Lázaro Velázquez procurador general de la Orden de La Merced para hacer la media naranja de madera, cañas y yeso sobre la torre de la iglesia mercedaria limeña<sup>5</sup>. El carpintero Lorenzo de los Ríos se concertó con el dominico Fray Diego Maroto el día 2 de enero de 1663 para labrar la media naranja y la linterna de madera, cañas y yeso sobre la nueva y esbelta torre dominicana<sup>6</sup>.

He publicado como Anexo Documental de un artículo acerca del origen temprano de las bóvedas de madera, cañas y yeso en Lima el concierto notarial de obra firmado por el ensamblador Mateo de Tovar el día 19 de agosto de 1657 para fabricar dos bóvedas en la capilla de Nuestra Señora de

- 
2. A.G.N., escribano Marcelo Antonio de Figueroa, 1665, protocolo 651, folio 802.
  3. A.G.N., escribano Marcelo Antonio de Figueroa, 1665, protocolo 652, folio 1316.
  4. A.G.N., escribano Antonio de Tamayo, 1636, protocolo 1857, folio 885.
  5. A.G.N., escribano Juan de Zamudio, 1640-1641, protocolo 2057, folio 1578.
  6. A.G.N., escribano Gaspar de Monzón, 1662-1664, protocolo 1153, folio 1101.

La Piedad en la iglesia de San Sebastián (San Cristóbal 1994: 41-52)<sup>7</sup>. Dice así el texto de este concierto: "...demás de lo cual se obliga el dicho Mateo de Tovar de hacer la dicha capilla de dos bóvedas la una ha de comenzar desde el arco de la iglesia hasta el toral que se hace y la otra desde este dicho arco toral hasta la pared que remata la dicha capilla de yeso y caña brava fundada sobre madera mulata de roble semejantes a las que están hechas en la sacristía de Señor San Francisco". Tampoco aparece mencionado en el texto de este concierto notarial de obra don Constantino de Vasconcelos. Los concertantes tenían en agosto de 1657 suficiente conocimiento de la técnica de las bóvedas de quincha como para poder labrar por sus propios medios y recursos las de esta capilla de San Sebastián. Se firmó el concierto que glosamos tres meses después de colocar la primera piedra de la nueva iglesia de San Francisco; dos años antes que el síndico Juan Santoyo de Palma contratara al oficial de albañil Manuel de Escobar para amaestrar San Francisco; y unos cuatro años antes de que se cerrara la primera bóveda en la nueva iglesia que dirigía Vasconcelos. No creo que en agosto de 1657 estuviera Mateo de Tovar en condiciones de copiar subrepticamente los presuntos e hipotéticos planos de Vasconcelos para las bóvedas franciscanas de 1661, sobre todo porque la quincha se había aplicado abiertamente en Lima en la construcción de otras bóvedas –las de la sacristía de San Francisco– y de las medias naranjas de las torres.

Descubrimos la existencia en la arquitectura de Lima de una tradición sostenida y constante del empleo de la quincha para fabricar cubiertas de bóvedas, aunque no sea muy fecunda antes de 1687, y tampoco se aplicara en las obras mayores. Ni en sus orígenes ni en sus más antiguas expresiones estuvo vinculada la quincha a obras del portugués Vasconcelos. Tampoco fue invención de Vasconcelos el empleo frecuentísimo en Lima de la quincha para fabricar telares verticales y rectos de paredes en las casas de vivienda desde fechas muy tempranas de la arquitectura virreinal limeña.

Hemos centrado hasta ahora directamente el análisis en la historia de la técnica de las bóvedas de quincha en Lima, independientemente de toda referencia a la obra de don Constantino de Vasconcelos en la nueva iglesia de San Francisco. No se pretende haber agotado el estudio histórico; pues tan sólo se han señalado algunos ejemplos conocidos documentalmente en los que consta cómo los constructores limeños del siglo XVII conocían y usaban

---

7. A.G.N., escribano Miguel López Varela, 1657, protocolo 1039, folio 2949.

la quincha para fabricar cubiertas curvas, fueran bóvedas de algún tipo o medias naranjas, y que ello acaecía desde algún tiempo antes de cerrarse las primeras bóvedas de la nueva iglesia de San Francisco bajo la dirección de Vasconcelos.

Basten los ejemplos citados para desvanecer el *enunciado de la antigüedad* de las presuntas bóvedas de quincha en San Francisco profesado por los historiadores sistemáticos; y también el *enunciado de la invención del sistema por Vasconcelos* profesado por el arquitecto Rodríguez Camilloni. El análisis de las técnicas constructivas empleadas para las nuevas bóvedas de San Francisco y para las arquerías claustrales superiores atañe a la problematicidad del *enunciado de la perduración*; y también a la problematicidad de la influencia primordial atribuida por los historiadores sistemáticos al presunto éxito en el comportamiento de las bóvedas de San Francisco durante el terremoto de 1687 para la difusión del sistema de las bóvedas de quincha a continuación de aquel terremoto.

Está fehacientemente documentado el cambio de los materiales pesados de la cal y el ladrillo por los ligeros de la madera de cedro y el yeso introducido por el dominico Fray Diego Maroto en las bóvedas de la iglesia del Convento de Santo Domingo después del terremoto de 1678, aplicado también en las cubiertas de la iglesia del Sagrario de La Catedral por el mismo tiempo, que fundamentó el empleo de la misma técnica para reconstruir las bóvedas de La Catedral de Lima después del terremoto de 1687. Cuando los historiadores sistemáticos atribuyen la difusión de las bóvedas de quincha después del terremoto de 1687 al presunto y supuesto comportamiento eficiente de las bóvedas franciscanas, dejan de lado otros factores decisivos de ese proceso, y además oscurecen la comprensión de aquel cambio tan importante para la historia de la arquitectura virreinal limeña. Analizaremos ahora separadamente las dos presuntas aplicaciones de la quincha en San Francisco atribuidas por H. Rodríguez Camilloni a la invención de Vasconcelos: las arquerías superiores del claustro principal, y las bóvedas de la nueva iglesia franciscana.

#### 4. *Las arquerías superiores del claustro principal*

Debemos aceptar que acaeció un cambio radical en las arquerías del segundo cuerpo en el claustro principal de San Francisco. Lo han mencionado los cronistas franciscanos del siglo XVIII; y se comprueba también por los

análisis constructivos y arqueológicos realizados por el arquitecto Humberto Rodríguez Camilloni. El cronista Fray Diego de Córdova y Salinas describía en su Crónica de 1651 unas arquerías sustentadas por 88 pilares de piedra de Panamá. Según la referencia ofrecida por el Padre Benjamín Gento Sanz, afirmaba el cronista Rodríguez Tena en su manuscrito de 1773 que los pilares de piedra estaban “hoy quitados los altos por los temblores”; y además que el claustro alto “siendo el centro madera electa, lo exterior está en obra acompañado de caña y sobrepuesto de yeso remedando una prolija labor de piedra y entre cada dos pilares su óvalo” (Gento 1945: 271).

¿Cuándo se realizó el cambio de los pilares de piedra por los de madera electa? El Padre Gento, que conoció el manuscrito de las crónicas de Fray Miguel Suárez de Figueroa y de Fray Juan de Benavides, pero no los grabados que acompañaron a la obra impresa, no aventura ninguna opinión acerca de este problema; aunque también es notorio que ha pasado por alto el tema de los daños ocasionados en el Convento e Iglesia de San Francisco por el terremoto de 1687, ya que el archivo del Convento no guarda documentación referente a los hechos.

La publicación de los grabados de Nolasco y de Benavides por Sánchez Cantón suscitó el problema de la cronología del segundo cuerpo del claustro principal franciscano actualmente fabricado con la quincha. No reparó Wethey en la frase del cronista Rodríguez Tena citada por el Padre Gento: “hoy quitados los altos (los pilares) por los temblores”, y se atuvo al testimonio gráfico del grabado del mercedario Pedro Nolasco fechado en 1673. Supone Wethey que el grabado no representa el claustro de pilares de piedra descrito por el cronista Córdova y Salinas, sino la arquería de quincha actualmente existente. Por eso afirma sin vacilación: “La obra actual pertenece a la reconstrucción de 1669-1673. Prueba irrefutable de este hecho la proporciona el grabado del claustro publicado por Suárez de Figueroa en 1673” (Wethey 1949: 91 y 260). Señaló Wethey en detalle ciertas diferencias objetivas y notorias entre el grabado del mercedario y la construcción actualmente existente, la de quincha, y las atribuyó a impericia y descuido del grabador; de tal modo que no las valoró en nada como objeción disuasoria contra su tesis.

Ha reiterado el arquitecto H. Rodríguez Camilloni la misma tesis de Wethey acerca de la relación entre el grabado de Pedro Nolasco y las arquerías de quincha actualmente existentes, aunque se advierte una cierta evolución en su planteamiento. En un primer momento, suponía que antes de su muerte “es evidente que el arquitecto portugués dejó proyectados la mayoría de los

edificios del conjunto monumental de San Francisco, incluyendo el claustro principal” (Rodríguez 1972: 36). Esto supondría que las arquerías se habrían labrado con quincha después de la muerte de Vasconcelos, aunque siguiendo sus proyectos, en la época del Padre Cervela (1669-1673).

Defendió H. Rodríguez Camilloni el grabador mercedario Nolasco de las acusaciones de negligencia y descuido en el dibujo que le prodigaba Wethey, y aseguraba que “la mejor prueba de ello es la exactitud con que Nolasco dibujó el claustro principal tal como hoy se conserva” (Rodríguez 1972: 35). En verdad, si Rodríguez Camilloni hubiera confrontado detenidamente el grabado de Nolasco con el segundo cuerpo actual del claustro franciscano, tendría que reconocer que las observaciones de Wethey son ciertas, y que incluso hay que añadir otras diferencias no advertidas por el norteamericano.

En el segundo momento del artículo que comentamos, Rodríguez Camilloni parece adelantar la fecha de la construcción de las arquerías superiores del claustro hasta el tiempo en que todavía vivía Vasconcelos, ya que atribuye al maestro portugués no sólo el proyecto arquitectónico del nuevo claustro superior, sino también la invención de la técnica de la quincha con que está construido. Escribe de este modo: “Al decidirse la reconstrucción de la iglesia de San Francisco en 1657, tuvo que rehacerse junto con ella el segundo piso del claustro mayor. Esta circunstancia permitió la aplicación del sistema de quincha a este sector del convento, acomodando perfectamente el nuevo diseño de las arquerías que se atribuye al mismo Vasconcelos, con arcos de medio punto y ventanas ovales y que se puede apreciar en otro grabado de la época de Pedro Nolasco Mere... Por lo tanto, el problema principal de Vasconcelos en el claustro mayor consistió en añadir un segundo piso, de suerte que se consiguiera una integración estructural y estilística satisfactoria” (Rodríguez 1994: 398).

Las opiniones ahora expuestas se basan exclusivamente en la existencia del grabado del mercedario Nolasco de 1736 como presunto testimonio gráfico de la construcción del claustro actual de quincha, juntamente con la renovación de la iglesia; pero no han aducido estos intérpretes ningún argumento histórico o documental que confirme la atribución de esta cronología temprana a las arquerías superiores actuales de quincha. Por mi parte, he expuesto la inconsistencia de estas presuposiciones en un artículo reciente (San Cristóbal 1994b).

Caben dos posibilidades hipotéticas en cuanto al tiempo en que presuntamente habría construido Vasconcelos o su sucesor Escobar las arquerías claustrales de quincha: o bien durante la primera parte de los trabajos en la iglesia cumplidos hasta 1662 en que quedaron prácticamente paralizados por falta de medios económicos, o bien en el período de los trabajos intensos promovidos por el diligente Padre Cervela entre 1669 y 1674. Descartamos de plano la primera hipótesis, porque el informe del Provincial Padre Fray Diego de Adrada no menciona el claustro superior entre las obras realizadas hasta entonces, y porque las penurias económicas del Convento hacían irrealizable el proyecto (Gento 1945: 133-5). La segunda hipótesis del período del Padre Cervela merece un análisis más detenido.

Tanto Wethey como H. Rodríguez Camilloni incurren en el error metodológico de asumir el grabado del mercedario Nolasco segregado de las crónicas franciscanas de Suárez de Figueroa y Benavides, a cuya obra impresa acompañaba. En realidad, el grabado de Nolasco y las dos crónicas franciscanas integran un testimonio histórico unitario e indisoluble: ambos textos tratan con distinto lenguaje de las obras del eficientísimo Padre Cervela cumplidas en San Francisco de Lima. Los cronistas fueron testigos presenciales de todos los hechos que alaban con tan gongorinas ponderaciones. No estaba en su ánimo ocultar o silenciar alguna de las obras realizadas por el Padre Cervela, sino todo lo contrario. Pues bien, es el caso que ni Suárez de Figueroa, ni Benavides mencionan de algún modo la obra presunta del Padre Cervela en la construcción de las arquerías superiores del claustro principal. La única obra que ambos cronistas atribuyen al Padre Cervela en el claustro franciscano mayor se reduce taxativamente a haber dispuesto la eliminación de los grandes montones de los escombros sacados de la iglesia y depositados dentro del cuadrado, después de lo cual mandó plantar allí un hermoso jardín con las cinco fuentes de Sebastián de Cubas y rebosante de flores y pájaros exóticos. Es impensable que los dos franciscanos tan entusiastas admiradores del Padre Cervela dejaran de alabar en su lenguaje barroco la magnificencia de las arquerías claustrales superiores existentes todavía en el convento, si es que se hubieran construido en el tiempo del Padre Cervela. El jardín es una cosa insignificante al lado de las arquerías; sin embargo, no dicen nada de la construcción de ellas. Por consiguiente, consideramos que el silencio total de los dos cronistas franciscanos que vivieron en el mismo Convento de San Francisco durante la ejecución de las obras que narran, constituye la prueba más contundente de que las arquerías superiores de quincha no fueron labradas durante el período de la construcción de la iglesia entre 1657 y 1673, especialmente en la etapa última que es la del Padre Cervela.

El grabado del claustro dibujado por Pedro Nolasco adquiere pleno sentido en función con las crónicas de Suárez de Figueroa y de Benavides, a cuya edición acompaña. No puede ser interpretado este grabado como testimonio gráfico de las arquerías superiores actuales de quincha que en absoluto no fueron construidas durante el período de la fábrica de la nueva iglesia, sea en una o en otra etapa. En cambio, ofrece el grabado el testimonio gráfico del hermoso jardín diseñado por el Padre Cervela y tan alabado por los cronistas sus admiradores. La leyenda incorporada en la parte superior del grabado explica patentemente lo que Nolasco deseaba representar; dice así el texto traducido del grabado: “Al Rmo. P. Fr. Luis de Cervela Comisario General de la Orden Seráfica de la América Austral autor jardinero decorador de este jardín claustral”. Las palabras latinas *Topiarii Auctori* significan literalmente: *autor jardinero decorador*. La leyenda del grabado no dice en modo alguno que el Padre Cervela fuera el alarife autor del diseño y de la ejecución de las galerías claustrales superiores; como tampoco lo decían las dos crónicas franciscanas contemporáneas de los hechos descritos.

Nos preguntamos todavía más: ¿era necesario cambiar integralmente las primeras arquerías claustrales superiores fabricadas con los 88 pilares de piedra de Panamá durante el período de 1657 a 1673, para hacer las actuales galerías de quincha? La respuesta es definitivamente no, porque desde 1656 a 1674 las galerías superiores de los pilares de piedra se habían mantenido en perfecto estado de conservación. La razón aducida por H. Rodríguez Camilloni en el segundo estudio de 1994 (Rodríguez 1994: 398) nos parece del todo inconsistente. Las ruinas acaecidas en 1656 en la iglesia antigua de San Francisco se circunscribieron al sector intermedio de la iglesia: el arco toral, la capilla mayor, parte del crucero y la armadura mudéjar de la nave central. No afectaron ni a las naves laterales, ni a la consistencia del muro perimetral norte de la iglesia, que linda con el claustro. Por otro lado, el cuadrado de las arquerías claustrales es una estructura autónoma que se sustenta en sí misma, y que está colocada a cierta distancia del muro norte de la iglesia. Si en el peor de los casos hubiera sido necesario consolidar ese muro perimetral para levantar la nueva iglesia franciscana, hubiera bastado con desmontar las cubiertas de cuarterones y tablas tendidas entre ese muro y las arquerías claustrales superiores, pero sólo en el ala del claustro contigua a la iglesia; y ello sin tocar a las arquerías propiamente dichas en este sector claustral, y mucho menos a las otras tres alas del claustro que están tan distanciadas de la iglesia. No se vislumbra ninguna razón estructural, constructiva o arquitectónica que justifique que, para trabajar en el muro norte de la iglesia, haya sido necesario cambiar totalmente los cuatro lados de las

largas arquerías claustrales superiores, de las cuales tres lados al menos están muy distanciados del cuerpo de la iglesia.

Se añade a todo lo expuesto que estos expositores no aducen una sola información histórica en la que conste que de hecho se reconstruyó totalmente el cuadrado de las arquerías superiores en el claustro franciscano principal durante el período que corre desde 1656 hasta 1674. Consiguientemente, la inferencia propuesta por H. Rodríguez Camilloni de que para realizar la reconstrucción de la iglesia franciscana en 1657 “tuvo que rehacerse junto con ella el segundo piso del claustro mayor” (Rodríguez 1994: 398), carece de valor como proposición lógica constatable mediante alguna información documental, y no es más que una simple enunciación presupuestada para tratar de justificar de algún modo otra mera enunciación previa, a saber: que el grabado de Pedro Nolasco fechado en 1673 representa las arquerías superiores actuales de quincha. Nos encontramos, pues, ante una sistematización estrictamente enunciativa, sustentada sólo en su propia coherencia interna; pero que no está comprobada mediante el recurso a documentación fehaciente de archivo, concreta y determinada.

Las arquerías claustrales superiores conformadas por los 88 pilares de piedra que describía Córdova y Salinas permanecieron ilesas e íntegras hasta el terremoto de 1687, en que sufrieron algunos daños no muy precisados. No veo ninguna razón valedera para dudar del testimonio del cronista franciscano Rodríguez Tena cuando afirmaba en 1773 acerca de los pilares de piedra del claustro alto que estaban “hoy quitados los altos *por los temblores*”. Podría referirse a los de 1687 o a los de 1746; pero desde 1656 hasta 1674 no habían acaecido en Lima temblores graves que dañaran las galerías altas del claustro principal de San Francisco, ni hay testimonio de ello.

Sólo el escribano Diego Fernández Montano, no así los alarifes de la ciudad, informó acerca de los daños sufridos en 1687 por el claustro principal de San Francisco. Decía así: “y el claustro principal con algunas desencajaduras las oficinas interiores y claustros de la misma suerte, aunque las celdas están rajadas las paredes de manera que amenazan ruina” (Angulo 1939: 31). El hecho de que algún tiempo después se repararan las arquerías del claustro superior, manifiesta que los daños habrían sido más graves, o que los franciscanos no confiaron en la seguridad de las arquerías altas de piedra.

Acerca de la reconstrucción del segundo cuerpo de arquerías de piedra mediante pilares de madera, nos atenemos a una información histórica. El día

7 de octubre de 1688 el maestro carpintero Juan Eusebio de Espinosa se concertó con el síndico del Convento de Señor San Francisco para “hacer la obra que está en el claustro del dicho Convento” por el precio total de 6.790 pesos de a ocho reales. Se trataba evidentemente del claustro alto principal, ya que indica el concierto que tenía celdas en tres lados, como ocurre en el dicho lugar. Techó y arregló algunas de aquellas celdas; y ejecutó además estas otras tareas: “treinta y cinco columnas a veinte y cinco pesos”; “treinta y cinco zapatas a seis pesos”; “cuatro madres de las esquinas a ocho pesos”; “armar el claustro y enderezar el ángulo ochocientos pesos”. Evidentemente, todas estas obras no abarcaban la restauración total y completa del claustro alto, sino los reparos más necesarios de urgencia. De todos modos, en estas fechas podemos localizar los comienzos de la transformación de las primeras arquerías de piedra en otras de madera.

La arquería de piedra que llegaron hasta el terremoto de 1687 y las de madera iniciadas desde 1688 contaban con el mismo número de los 88 pilares; pues también las arquerías actuales de madera cuentan con tal número de 88 pilares: los de piedra y los de madera asentaban en los mismos lugares y con la misma disposición. Independientemente de los materiales con que estaban construidas unas y otras arquerías, ellas conformaban la misma alternación de arcos grandes y de espacios más cortos intercalados en los que se formaban los ventanales ovalados perpendiculares. Variaba obviamente la decoración entre las arquerías de pilares de piedra y las arquerías de pilares de madera. En las enjutas de los arcos grandes con los pilares de piedra se incorporaba una decoración que por su época temprana era todavía renacentista; mientras que en las enjutas de los arcos formados con madera, cañas y yeso se introdujo la decoración barroca de las veneras actualmente existentes. Varió la decoración pero persistió desde las arquerías de piedra a las de madera la misma conformación de arcos intercalados con ventanales ovalados, porque ella correspondía a la disposición de los 88 pilares que no ha sido modificada por el cambio de los materiales de la construcción.

Aunque el mercedario Pedro Nolasco pretendió primariamente representar el jardín labrado por el Padre Cervela, representó también con fidelidad el marco de las arquerías existentes en aquel momento. No pudo representar, aunque se lo propusiera, las galerías altas de quincha actuales, porque todavía no habían sido construidas, y no se preveía la necesidad de cambiar las arquerías de piedra por otras distintas de materiales diferentes. Considero por tal motivo que las discrepancias entre Wethey y H. Rodríguez Camilloni acerca del descuido o exactitud del grabador Nolasco en representar las

arquerías superiores del claustro de San Francisco carecen de sentido, porque ambos intérpretes refieren el grabado del mercedario al claustro actual de quincha, pero Nolasco sólo tuvo presente el claustro anterior con los pilares de piedra descritos por Córdova y Salinas. Lo que más bien habrá que agradecer al mercedario Nolasco es que nos haya dejado una representación fiel del claustro franciscano existente a mediados del siglo XVII, puesto que ello enriquece nuestro conocimiento de la arquitectura virreinal limeña.

La perduración retrospectiva real y existencial de las actuales arquerías de quincha en el segundo cuerpo del claustro principal de San Francisco llega en el mejor de los casos hasta principios del mes de octubre de 1688; y no progresa algún tiempo más hacia el pasado. Correlativamente, las arquerías altas de madera comenzaron a existir 20 años después de haber fallecido el portugués Vasconcelos. No pudo don Constantino de Vasconcelos preveer que acontecería el terremoto de 1687, ni tampoco los daños que causaría en las edificaciones franciscanas de la iglesia y el convento. Al menos, pues, en lo que concierne al claustro principal franciscano, no le cupo a don Constantino de Vasconcelos ninguna participación en la invención e introducción de la quincha con que están fabricadas las actuales arquerías del segundo cuerpo.

##### 5. *El material de las primeras bóvedas franciscanas*

Los historiadores sistemáticos afirman que las bóvedas de la nueva iglesia de San Francisco (1657-1673) fueron construidas con los materiales ligeros de la quincha. Fundamentan esta aserción en el denominado *enunciado de la perduración*; pero no aducen ninguna prueba documental de ello. Suponen que las bóvedas franciscanas iniciales perduran incólumes desde el primer momento de su construcción por Manuel de Escobar bajo la dirección de Vasconcelos, hasta nuestros días, sin que haya sido necesario reconstruirlas en algún tiempo posterior. Despejando así el largo camino histórico seguido por las bóvedas franciscanas de todo riesgo de ruinas, destrucciones y reconstrucciones, hacen llegar los historiadores sistemáticos hasta las obras de Escobar y Vasconcelos la aplicación de la quincha en las iniciales bóvedas franciscanas de la nueva iglesia. Afirma H. Rodríguez Camilloni: “El éxito de la invención de Vasconcelos quedó ampliamente demostrado durante los fuertes terremotos de 1687 y 1746” (Rodríguez 1994: 387). “Lo cierto es que debido al excelente sistema estructural de la quincha, la iglesia de San Francisco se ha mantenido en pie por espacio de más de 300 años”.

Hemos visto hasta ahora cómo la quincha no fue invención de Vasconcelos para fabricar las bóvedas virreinales. Falta por averiguar si efectivamente, las bóvedas proyectadas por Vasconcelos en la nueva iglesia de San Francisco alcanzaron el éxito completo y la perduración total hasta nuestros días que supone H. Rodríguez Camilloni sin aducir ninguna prueba documental que lo demuestra.

De entrada, debemos desvanecer dos confusiones. El dominico Fray Diego Marote diseñó una técnica especial para construir bóvedas con madera, listones de cedro y encofrado compacto de yeso. Lo empleó después del terremoto de 1678 en las cubiertas de la iglesia de su propio Convento de Santo Domingo y en las de la iglesia del Sagrario de La Catedral. Era una técnica antisísmica, pero más compleja que la quincha; y desde luego no fue asumida ni imitada de lo que hicieran Vasconcelos y Escobar, frente a los que mantuvo un constante enfrentamiento crítico, pues consta que les criticaba públicamente algunos defectos de la obra de San Francisco. La existencia de las bóvedas de madera labradas por Maroto no prejuzga que antes de ellas se hubiera empleado la quincha en la nueva iglesia de San Francisco. Son dos procesos totalmente independientes.

En segundo lugar, no existe ningún testimonio documental del siglo XVII en el que se afirme que las bóvedas de la nueva iglesia franciscana fueron labradas con la técnica de la quincha. Las crónicas de Fray Miguel Suárez de Figueroa y de Fray Juan de Benavides ponderan la magnificencia y belleza de las bóvedas de la iglesia del Padre Cervela, pero no indican en ningún lugar que tales bóvedas fueran construidas con madera, cañas y yeso. Aceptan con su silencio implícitamente que aquellas bóvedas de Vasconcelos y Escobar, de cuya construcción fueron testigos presenciales todos los días, se fabricarían con las técnicas comunes y corrientes empleadas en los años anteriores al terremoto de 1687. No atestiguan el empleo de alguna invención tecnológica para las nuevas bóvedas franciscanas. Lo hubieran hecho sin duda, si es que ello hubiera acaecido.

No había en Lima por aquellos años persona más directamente interesada en dar a conocer los presuntos resultados satisfactorios de las técnicas de Vasconcelos en las bóvedas franciscanas, que eran también las suyas propias, que el alarife Manuel de Escobar, que trabajó en la construcción de la iglesia desde junio de 1659 hasta que labró en 1674 la portada lateral firmada por él. Conocemos por un dictamen pericial del mismo Manuel de Escobar cuáles eran sus propias convicciones tecnológicas. He publicado en un estu-

dio acerca de la reconstrucción de La Catedral de Lima después de las réplicas del terremoto de 1688 los pareceres emitidos por los alarifes de la ciudad (San Cristóbal 1981-2; 269 y ss). Preguntaron entonces a los alarifes convocados con qué materiales debían reconstruirse las bóvedas dañadas en La Catedral. Propuso Maroto que se construyeran de madera de cedro y yeso según la propia técnica de su invención, y fundamentó su propuesta en la experiencia satisfactoria de las bóvedas que él había construido según tal técnica en la iglesia de su Convento de Santo Domingo, y que resistieron sin daños al terremoto de 1687. Lo expuso delante de todos los alarifes de la ciudad de Lima. Participó también Manuel de Escobar en aquella consulta a los alarifes limeños. En el supuesto caso de que las bóvedas por él construidas en la iglesia de San Francisco hubieran logrado en el terremoto de 1687 el éxito total que presuponen Wethey y Rodríguez Camilloni, podía haber alardeado Manuel de Escobar ante los restantes alarifes de la ciudad de las bondades del presunto empleo de la quincha en San Francisco; lo mismo que Maroto se gloriaba de la resistencia antisísmica de las bóvedas de Santo Domingo. Sin embargo, Manuel de Escobar defendió entonces que las bóvedas catedralicias dañadas en 1687 y 1688 se construyeran con los materiales de la cal y el ladrillo. Se quedó sólo Escobar en su parecer, porque todos los otros alarifes apoyaron la propuesta de Fray Diego Maroto, que no era precisamente la de quincha, como se ha indicado. Tampoco ninguno otro de los alarifes consultados trajo a colación la presunta experiencia exitosa de las bóvedas de San Francisco en el terremoto de 1687. La cosa nos parece muy simple: Manuel de Escobar no había construido bóvedas de quincha ni en San Francisco, ni en las otras grandes iglesias en que trabajó por los mismos años: San Juan de Dios, San Bartolomé y Los Desamparados. Por eso, no defendió en las consultas para las bóvedas de La Catedral la tecnología de la quincha que sólo se propagó después de 1687 por motivos económicos más que estructurales.

Fabricó Manuel de Escobar en la iglesia de San Juan de Dios las bóvedas de medio cañón y las medias naranjas hasta terminar la iglesia con su torre de tres cuerpos. Realizó estas obras simultáneamente con las de la iglesia de San Francisco. He estudiado el tema ampliamente en un libro sobre Manuel de Escobar de próxima publicación, Profesaba Manuel de Escobar profunda y sincera devoción a los religiosos juandedianos, tanto que al morir les perdonó una elevada cantidad de la deuda que con él tenían por las obras en la iglesia y la torre. Resulta que las bóvedas de quincha eran más económicas que las de cal y ladrillo; y Manuel de Escobar no hubiera permitido por ningún motivo que los frailes juandedianos gastaran dinero innecesario en sus

bóvedas, cuando supuestamente se gastaba menos en las bóvedas de San Francisco que él también construía. Pues bien, todos los conciertos de obra firmados por Escobar con San Juan de Dios son explícitamente claros: las bóvedas y medias naranjas de esta iglesia hospitalaria se fabricaban con cal y ladrillo. ¿Qué razón, no justificada por los historiadores sistemáticos, haría diferenciar las técnicas de construir las bóvedas empleadas simultáneamente por el mismo alarife Manuel de Escobar en San Francisco y en San Juan de Dios?.

Nos aproximamos aún más a las bóvedas de San Francisco si las relacionamos con las contemporáneas y contiguas de la iglesia de La Soledad en el complejo franciscano. Consta por los documentos que he analizado acerca de esta segunda iglesia (San Cristóbal 1993: 205 y ss.) que sus bóvedas y media naranja fueron construidas con los materiales pesados de la cal y el ladrillo, por el alarife Pedro Fernández de Valdés. Se fabricaron entre 1669 y 1674, y se hundieron en el terremoto de 1687. Declaró algún testigo en el largo proceso contra Fernández de Valdés seguido por la Cofradía de la Soledad que el Obrero Mayor de las obras de San Francisco, Fray Carlos de La Concepción, prestó a Fernández de Valdés gratuitamente las cimbras de San Francisco para labrar con ellas las bóvedas de la Soledad. Consistían las cimbras en unas plataformas curvas de madera sobre las que asentaban los ladrillos y los unían con la cal; y sólo se quitaban las cimbras cuando acababa de fraguar la construcción. Servían las cimbras para construir bóvedas de ladrillo, pero obstaculizaban totalmente el trabajo en las bóvedas de quincha, porque impedían clavar las cañas y enyesarlas por el intradós cóncavo. Puesto que usaron cimbras para labrar las bóvedas de la nueva iglesia de San Francisco, debemos concluir que se construían con cal y ladrillo, no con la quincha.

La perduración retrospectiva de las actuales bóvedas franciscanas de quincha está limitada por la existencia cierta de las primeras bóvedas de la iglesia labradas por Vasconcelos y Escobar con los materiales pesados de la cal y el ladrillo, en la nueva iglesia de 1657-1673. La tesis de la *perduración total* de las bóvedas franciscanas actuales de quincha no sólo carece de todo sustento documental fehaciente, sino que además deja sumergida bajo el sistema histórico la historia objetiva de las bóvedas de San Francisco. Parte importante de esta historia es el comportamiento efectivo que tuvieron las bóvedas de cal y ladrillo labradas por Vasconcelos y Escobar en San Francisco inicialmente, en el terremoto de 1687 y los siguientes. Se trata de un hecho histórico, y como tal debemos referirlo a la documentación histórica, no a simples presuposiciones y enunciaciones.

Los estudiosos de este tema, desde el Padre Gento al arquitecto Rodríguez Camilloni, no han consultado los informes de los alarifes que recorrieron la ciudad junto con el escribano de cabildo Diego Fernández Montano inmediatamente después de acaecido el terremoto de 1687 para evaluar los daños en los principales edificios de Lima; aunque estaban publicados por el investigador dominico Padre Domingo Angulo en la Revista del Archivo General de la Nación.

Recorrió el escribano Fernández Montano detenidamente la ciudad, y fue asentado en su informe fechado el 19 de abril de 1688 el estado en que encontró los grandes edificios limeños. Anotaba que “la iglesia de San Francisco está caída por muchas partes y las bóvedas demolidas y en especial las de Nuestra Señora de Aránzazu que se están derribando por amenazar ruina” (Angulo 1939: 31).

Propusieron conjuntamente a cuatro alarifes de la ciudad un cuestionario de preguntas acerca del estado de los grandes edificios y del costo estimado que tendría su reparación. La pregunta 14 se refiere a San Francisco. Estas fueron las respuestas ofrecidas por los cuatro alarifes consultados:

Fray Diego Maroto contestaba: “A la catorce pregunta dijo que sabe por haberlo visto y ver cada día que los religiosos del Convento grande de Señor San Francisco algunos de ellos viven en sus celdas porque aunque necesitan de reparos están seguras; y que solamente la iglesia amenaza ruina y está horrorosa y por eso tienen colocado el Santísimo Sacramento en la portería que es lo más seguro del dicho Convento” (Angulo 1939: 135).

Manuel de Escobar, lejos de defender el comportamiento firme de su propia obra, reconoció que “en su iglesia no se celebran los Oficios Divinos por la ruina que amenaza hasta que se repare y que se celebra en la portería que está con alguna seguridad” (Angulo 1939: 143).

El ayudante de ingeniero y alarife Pedro de Asensio declaró “que la iglesia fue la que más daño recibió de suerte que la desampararon y tienen colocado el Señor y celebran los Divinos Oficios en la portería” (Angulo 1994: 153).

El alarife Pedro Fernández de Valdés contestaba “que sabe por haberlo visto y ver de ordinariamente que la iglesia del Convento grande del Señor San Francisco quedó tan maltratada y amenazando ruina que los religiosos no

se han atrevido a tener colocado el Santísimo Sacramento en ella ni celebran los Oficios Divinos y que los celebran y tienen colocado al Señor en la portería del dicho Convento el cual no quedó maltratado ni en los altos ni en los bajos” (Angulo 1994: 161).

Contrasta ostensiblemente la opinión unánime de los testigos presenciales del gran terremoto acerca del estado de estar amenazando ruina la iglesia del Señor San Francisco con el parecer favorable que esos mismos alarifes consultados emitieron acerca de las iglesias que en verdad resultaron ilesas en el terremoto de 1687: la del Convento de Santo Domingo, la del Sagrario de La Catedral y la del Colegio jesuítico de San Pablo. No creo que exista razón histórica documentada y fehaciente para dudar de la veracidad del testimonio unánime del escribano Diego Fernández Montano y de los cuatro alarifes consultados acerca del estado en que se encontraba la iglesia del Convento del Señor San Francisco; todos juraron decir verdad por Dios Nuestro Señor y una señal de la Cruz según su leal saber y entender. Lo importante es que el constructor de la iglesia franciscana y de sus bóvedas, el alarife Manuel de Escobar, no emitió el parecer del comportamiento exitoso que los historiadores sistemáticos atribuyen a las bóvedas construidas por él mismo; sino el de la ruina que amenaza hasta que se repare.

Las dos bóvedas de la capilla de Nuestra Señora de Aránzazu que el escribano Diego Fernández Montano vio derribar corresponden a las de los dos tramos del brazo del crucero en el lado de la epístola; y habían sido labradas por Manuel de Escobar durante la primera etapa de las obras franciscanas, viviendo todavía don Constantino de Vasconcelos. Aunque fueron desmontadas inmediatamente después de acaecido el terremoto por la inminente ruina en que se encontraban, se tardó todavía nueve años en reconstruirlas. Finalmente, el día 24 de agosto de 1696 se concertó el maestro carpintero Juan Eusebio de Espinosa con los mayordomos de la Cofradía de Aránzazu para dar acabadas las bóvedas altas de la dicha capilla así de carpintería como de albañilería por el precio de 3.600 pesos de a ocho reales el peso<sup>8</sup>.

---

8. A.G.N., escribano Pedro Pérez Landero, 1996, Protocolo 1512, folio 1026.

## BIBLIOGRAFIA

ANGULO O.P., Domingo.

1939 "El terremoto de 1687", *Revista del Archivo Nacional del Perú*. T. XII, Lima.

1940 "Relación del terremoto de 1690", *Revista del Archivo Nacional del Perú*, T XIII, Lima.

GENTO SANZ, Benjamín

1945 *San Francisco de Lima*. Imprenta Torres Aguirre, Lima.

LOHMANN VILLENA, Guillermo.

1946 *El Conde de Lemos, Virrey del Perú*. Escuela de Estudios Hispánicoamericanos. Madrid.

RODRIGUEZ CAMILLONI, Humberto.

1972 "El conjunto monumental de San Francisco de Lima en los siglos XVII y XVIII", *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Universidad de Caracas*, nº 14, septiembre 31-60, Caracas.

1994 "Tradicición e innovación de la arquitectura del Virreinato del Perú: Constantino de Vasconcelos y la invención de la arquitectura de quincha en Lima en el siglo XVII". Ponencia al XVII Coloquio Internacional de Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, t 2. México.

SAN CRISTOBAL, Antonio

1981-2 "Las dos reconstrucciones de la Catedral de Lima entre 1688 y 1692". *Revista Histórica*, Academia Nacional de la Historia, t. XXXIII, 269-315. Lima.

1993 "La construcción de la Iglesia de la Soledad". *Historia y Cultura, Revista del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú*. nº 22, 205-241. Lima.

1994 "El origen temprano de las bóvedas de cañas y yeso en Lima". *Sequillo*, Rev. de Historia, arte y sociedad, nº 6. Enero-Junio. Lima.

1994b "El segundo cuerpo del claustro de San Francisco", *Archivo San Francisco de Lima, Boletín* nº 16, diciembre de 1994. Lima.

WETHEY, H.E.

1994 *Colonial architecture and sculpture in Peru*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts.